

Admiración del odio

Adriana Silva



Capítulo 1

Admiración del odio

*

Perplejo. Perplejo quedó el rey ante toda su corte muerta a sus pies, postrada en la sala de los banquetes, manchas de sangre por todos los cortinajes de sus apreciadas y finas pieles de la sala del rey. Los cuerpos sin vida y fríos de sus súbditos rendidos ante la presencia de su excelencia, con las cuencas de los ojos vacíos. Todo el lugar apaciguaba en penumbra y silencio. Percibió ese olor, el olor repugnante de la sangre seca, lo hizo tener arcadas.

–¡Mierda, mierda! –. Se dijo a sí mismo.

Caminó entre el largo pasillo, a través de los cuerpos, solo para obtener su cetro reposado a un costado de su asiento real. Durante el recorrido aplastó una mano de un cadáver y al contacto con su calzado, un líquido viscoso y purulento brotó de los dedos. Se llevó uno de sus manos a la boca e intentó detener el vómito. No lo logró y vómito.

–¿Qué demonios pasó?

Tomó su cetro, se levantó con su estómago vacío y su boca sucia. No contuvo más la escena y salió de la sala. El rey sin orientación de lo que sucedía, corrió, corrió hacia la alcoba de su amada.

**

–¿Quién se cree ser? ¡Maldita sea!

–¡Callaos de una vez por todas! Te mandarán a pinzar la lengua.

–¡Me importa una mierda los castigos de ese bastardo! Todos lo saben, hay que tener dos dedos enfrente para no darse cuenta.

–¡Callaos que viene!

Escucho voces, no entiendo.

–¡Hablad más fuerte!

Todos hablan a la vez.

–¡Guardar silencio!

No paran. Susurran. Susurran y susurran.

–¡Callaos de una puta vez!

–Unas cuantas gotas bastará. Es el más sutil y veloz en estos terrenos.

Agitó en el vino y se marchó.

Abrió la alcoba de su amada. Todo en completo desorden, espejos rotos, sus pertenencias desaparecidas, las cortinas de los ventanales arrancados y lanzados en el suelo. Un haz de luz resplandeciendo del ventanal recae en el collar la reina. Despojada de sus prendas la reina se hallaba desnuda, sin movimiento, con un hoyo profundo en su pecho izquierdo.

–¡Mi consuelo! ¡Mi acompañante! ¡Mi esposa! ¡Mi reina! ¡Mi amada mujer!

–. La sostuvo en sus brazos, la besó en la frente y lloró, lloró desconsoladamente; el llanto se volvió incesante y crudamente cruel para el rey.

Un día de tormento recayó sobre la alteza. Su esposa asesinada al igual que su corte y con su órgano vital saqueado.

–Adoro tanto que hagas eso.

Se unto un poco de aceite de cedro en sus palmas, lo calentó lentamente en sus palmas y lo frotó en la espalda lisa y llena de pecas de la reina.

–¿Desde hace cuánto que no hacemos esto? –. Movi6 sus palmas al compás de la respiración de la reina.

–Lamentó no aparecer estos días, mantener todo en calma, es un lío–. Subió poco a poco sus palmas hasta tocar sus finos hombros y luego su cuello.

La mujer se estremeció, ladeo un poco su rostro. Acaricio su cintura con la yema de los dedos, se acercó y olfateo en los inicios de sus nuca y dio ligeros besos. La reina soltó un gran respiro; giró todo su torso desnudo; sus delicadas manos se deslizaron en el rostro de su amado. Se miraron de forma apasionada y provocadora y con tanto deseo, se besaron y tuvieron la mejor velada de sus vidas.

–...

–¡Shhhhh!

–¿Qué es un zumbido? Retumba en mi oído.

–No pueden oírnos. –Susurra una voz de mujer.

–¿Qué pasa? Estoy comenzando a asustarme.

–Ellos conspiran.

–...

–¿De qué hablas? –. Respira fuertemente.

–¡Mienten! ¡Mienten! ¡No le digas a nadie lo que te dije!

–Estarás bien con nosotros. –Vuelve a decir la voz de la mujer.

–¡No quiero morir! –chilla una voz de un crío.

Se escuchan sus respiraciones, susurran de nuevo, susurran con mayor volumen su voz.

Termina de colocar el último montó de tierra, y lo aplana con la pala. Toma las hortensias favoritas de su mujer y las coloca en el lecho de su amada. Tanto tiempo cavando y no se percató si colocó en una buena postura el cuerpo, sus lágrimas le impedían ver con claridad.

Soltó un último respiro lloroso y exclamó:

–Te ame tanto querida, pero el dolor que estruja en mi alma no es tu partida, sino el hecho que eres una maldita ramera.–Soltó la pala, pateo las asquerosas flores y orinó sobre la tumba.

–¡Gozad de los mejores y exquisitos tomates podridos!

–Deja de gritonear y dame toda la caja.

–Él generalmente sale a su lujoso jardín en la intemperie, todas las tardes, cinco en punto. Les daré la señal y lanzarlos sin discreción.

–Nuestros tiros no son tan buenos, si no se nos dan un incentivo previo.

–¡Pordioseros asqueroso! ¡Solo den en el blanco! ¡Tomad 3 monedas de oro! Y no preocupéis si no dan al tiro, yo le sugerí a la alteza la mejor

vestimenta para que se denote la impresión de su deshonra y putrefacto reinado.

–¡Llamad al médico!

–Pero mi señora, hace tres días que llamamos al médico, es complicado comunicarse con él.

Se acercó la moza superior, a una de las mucamas de rango inferior. Las demás sirvientas retrocedieron al par.

–¡Escuchad! No es mi petición, sino de la alteza. ¡Ahora todas buscar al médico! –Ajetreo con sus manos.

Al mínimo movimiento de las sirvientas se escuchó una voz muy nítida y quebrantada.

–Pero todas sabemos que la reina no está enferma.

Las mucamas inferiores se quedaron inmóviles, girando sus rostros hacia tal comentario. La moza superior giró en seco y caminó con paso firme, hasta aquella sandez pronunciada. El fuerte golpeteo de los tacones en el piso de caoba hacía estallar los oídos. Se irguió lo más que pudo, inclino su viejo rostro y se acercó frente a esa diminuta mucama y pronunció:

–¿Y crees que soy tan ingenua para no saberlo? –Susurro en un tono sarcástico. –¡El único ingenuo en el castillo, hasta allá fuera con su corona y cetro! ¡Y nuestra ÚNICA tarea he dicho, es cumplir con las peticiones de la reina! ¡ASÍ QUE DE UNA MALDITA VEZ MOVER ESOS PIES! –Refunfuño la moza.

–¿Están ahí?

–No lo escuchéis a él, escuchadme a mí. ¡Señoría! –Chillo el crío.

–¡Los he escuchado mi alteza, quieren corromperlos y, pero aún destruirlo en su totalidad!

–¡Cerrar la boca! ¡Asnos incrédulos! Señoría. Ellos no tienen un control sobre sus mentes y mucho menos de sus bocazas.

–¡Esto esta muy mal! ¡Horriblemente mal! –Dijo un viejo sollozando y comenzó arrancarse los pocos cabellos de su calva prominente.

–¡No, no, no, no! ¿Por qué señalarnos entre sí, si solo aquí se sostiene la pura lealtad a su realeza? ¡Escuchadme bien mi alteza! Lo que está mal, no es aquí, sino allá. –Y señaló hacia el castillo.

–Adelante.

–¿Qué os ofrece mi señor? ¿Necesita toallas limpias? ¿Desea un aperitivo? ¿Quiere que volvamos a pulir sus medallas? –preguntó la moza.

–No, nada de eso. Solo quiero que me platiques sobre la actividad de mi esposa en mi ausencia.

–Bueno, mi señor. Su humilde esposa se ha dedicado a cuidar su jardín, retomo un poco de...

–¿Ha tenido visitas?

–Solo por parte su familia, mi señor.

–...

–Debería de ver lo que su esposa pidió para usted su majestad. Le pidió

una nueva armadura y corceles de los más destacados en esta tierra, claramente con recomendación de grandes escuderos, mi señor. Hubo un momento de silencio.

–A mi esposa le encantan las hortensias. ¿Cierto?

–¡Por supuesto mi señor! ¡Le encantan!

–Viaje al Oeste, hacia Relvan, y un viejo campesino me explico lo fundamental para dar unas hermosas Hortensias. – Detrás de las espaldas del rey, sacó un inmenso arreglo de hortensias al vivo y hermoso color. La moza soltó bello respiro.

–Le van a encantara a su...

Inmediatamente el rey interrumpió.

–Pero sabes qué fue lo más interesante que me contó. – Se levantó de su silla de mecer y caminó lentamente por la habitación. –Me habló, sobre unas hortensias de un color especial, el color es tan inexplicable, que a cualquier humano hechizan. Me mostró un boceto viejo, y lo que me intriga es... –El rey se colocó atrás de la moza y tocándose la barbilla exclamó: ¿Cómo es que mi esposa tiene una de ellas?

–Emmm, pues la señora las obtuvo de su jardín. –dijo la moza un poco nerviosa.

–¿De su jardín? ¡Ni siquiera mi mujer tenía idea de esa flor! Es codiciosa y hace años que la hubiera obtenido. –Camino lentamente hasta quedar enfrente de la moza. –Su familia es del Norte, nunca le envían flores y únicamente esas flores se dan en el Este. Así que...

Bajo su rostro en frente de la mujer, subió lo hombros y un color rojizo por todo su rostro se postró y lleno de ira expresó:

– ¡¿Quién se las ha enviado?!

Revisó por todos los alrededores y todo estaba deshabitado y en sigilo. Al ingresar de nuevo a su castillo, revisó los pasillos y corredores del castillo, todos muertos casi en putrefacción. Pero denoto algo extravagante, todos los retratos, dibujados por el mejor pintor del pueblo de su excelencia, no estaban. “Saqueo y homicidio” pensó el rey.

–¿Quién con tanto repudio hizo esto? Debí de haber quemado esos pueblerinos cuando tuve la oportunidad.

No podían enterarse el pueblo, que la corte del rey estaba muerta. Corrió hasta su habitación, pensó en que las palomas mensajeras aún deberían de estar ahí, tenía solicitar apoyó. Cuando entró estaba completamente oscuro, los ventanales sucios y cubiertos de capas gruesas de lodo.

Camino a ciegas y una luz entre toda la oscuridad se iluminó. Era una lámpara de queroseno, corrió y la tomó, y al girar lo que vió lo estremeció.

Todos los cuadros estaban alrededor de la habitación, pero al observar detenidamente, había ojos clavados sobre sus retratos, cada uno sobre la zona donde deberían de asomarse los suyos en las pinturas. En el único cuadro que no presenta esta atrocidad era el de su amada, sin embargo un relieve rojizo se asomaba en el cuadro, el corazón clavado expuesto y escurriendo en sangre. Lo hizo quedarse congelado.

Tan horrorizado retrocedió, se tropezó con un objeto y cayó, su cabeza golpeó con una cosa afilada y dura; la lámpara se quebrantó y el nacimiento de las llamas del fuego se apareció. El rey aturdido y sangrado de la cabeza se levantó, las llamas rápidamente se esparcieron, y a la luz del fuego lo vio. Vió al asesino, y sonriendo de oreja a oreja lleno de sangre y con una mirada llena de regocijo, le dijo:
-Si no lograron apreciarnos y amarnos antes, ahora lo hacen.No hay terror y crueldad más indeseable que la nuestra.
El rey se miraba frente a su espejo y con una sonrisa en su rostro ardió en el fuego.